

3

HISTORIAS DEL
FARERO DE
CAVALLERIA



FERRAN
RAMON-
CORTÉS

ó

NO PUEDO DECIR QUE NO

UN VIAJE POR LA COMUNICACIÓN PERSONAL

© 2020 TODOS
LOS DERECHOS
RESERVADOS

Habían pasado dos días desde mi última visita a Cavallería. Esta vez me había acercado al faro con la única intención de disfrutar de la puesta de sol, ya que las recordaba espectaculares desde lo alto del acantilado, y la tarde, una tarde clara y despejada, inusual en Semana Santa, prometía.

Mientras paseaba por las inmediaciones del faro, buscando un buen lugar para ver el espectáculo, tuve que reconocer que me hubiera apetecido una nueva charla con el Farero; había tantas cosas que tenía en la cabeza y que necesitaba reordenar...

Sentí una presencia cercana, y como si me hubiera leído el pensamiento, al girarme me lo encontré

- Pau, me ha parecido reconocerte por la ventana.
- He venido a ver la puesta de sol...

El Farero se limitó a permanecer a mi lado. Los dos mirábamos, absortos, el horizonte mientras el sol empezaba su trayectoria descendente (aunque quedaba media hora larga para la puesta). Al final me decidí:

- Hay algo que me ronda por la cabeza, y me ayudaría contrastarlo contigo.
- Adelante. Te escucho.
- Verás, creo que no te lo conté, pero soy profesor. Profesor de Instituto. Y uno de los motivos por los que he venido a buscar la desconexión y la soledad de la Isla es porque he pasado una temporada de trabajo absolutamente desmesurado. Y el problema es que mucho de ese trabajo que he hecho no me tocaba hacerlo. Han sido favores a colegas, ayudas que me han pedido. Todo el mundo me pillan, es como si tuviera un imán. Como si lo llevara escrito en la frente: “pedidme lo que queráis, que aquí estoy”. Y no sé cómo gestionarlo.



El Farero no me decía nada. Seguía con la mirada fija en el horizonte. Me estaba haciendo dudar; quizás era una conversación inoportuna. Tras unos tensos minutos de silencio me dijo:

- Pau, ¿puedes entrar un segundo al faro?. Necesito que me configures la wifi. Voy loco intentándolo sin conseguirlo. Para ti será un minuto.

Me supo mal su falta de interés en mi problema, pero lo asumí. Quizás estaba ya abusando de él, o me había hecho unas expectativas equivocadas por las anteriores charlas. Fuimos al faro. Me dejó su ordenador, y le configuré la wifi como me había pedido. No necesité más de diez minutos. Cuando terminé me dijo:

- Aprovecha por favor y configúrame la cuenta de correo.
- ¿Qué cuenta tienes?
- No tengo. Pero me puedes solicitar una, ¿no?

Podía, claro. Pero por el rabillo del ojo, podía también ver por la ventana como el sol ahora sí empezaba a estar muy bajo. La puesta empezaría en pocos minutos. Me di prisa, discutimos varias posibles direcciones de Gmail, hasta que encontramos la que le gustó y estaba disponible: elfarerodetramontana@gmail.com Cuando logré terminar, la luz era claramente rojiza, intuía que faltarían unos pocos centímetros para que el sol tocara el horizonte. Y entonces me abordó con una nueva petición:

- La última Pau, por favor: mira si puedes configurarme el almacenamiento en la nube. Tengo un montón de fotos que no quiero perder...

Lo hice. A regañadientes. Al terminar era casi oscuro. El propio faro se había encendido. Salimos fuera; el sol se había sumergido hacía un buen rato en el horizonte. No quedaba ni rastro de la puesta. A mi lado, sin mirarme, me dijo:

- Lástima, te has perdido la puesta de sol.



Me lo dijo con toda la tranquilidad del mundo. No me lo podía creer. ¿cómo podía decirme eso si era su culpa? Viendo mi cara de odio esbozó una sonrisa y me dijo:

- Vamos dentro, tenemos una charla pendiente.

No entendía nada. Realmente necesitaba una explicación. Enseguida me dijo:

- Pau, venías a ver la puesta, y yo, a base de peticiones te la estaba haciendo perder. ¿Por qué no me has parado los pies?
- No podía decirte que no...

Tal como lo dije se me vino el mundo encima. Ahí estaba la historia. Mi incapacidad para decir que no. Mi sensación de que me sentiría fatal si lo hiciera.



- Pau, hoy te has perdido algo que tú querías, una puesta de sol preciosa, por no decirme que no. ¿Qué tantas otras cosas te pierdes en tu vida cuando haces lo mismo?

Las sabía perfectamente. Momentos potencialmente preciosos con Laia, salidas con los amigos, la lectura de un buen libro... todo lo que tenía que ver con mis momentos de relax, con mi tiempo personal. No necesitaba contárselo, sabía que él lo intuía. Me dijo:

- Pau, la gente siempre te va a pedir cosas. Especialmente si saben que les dices que si. Y necesitas poner tus límites. Necesitas en algunos casos decir que no. Porque las consecuencias son muy claras: ese tiempo que vas a dedicar a ese favor sale de tu tiempo personal. No hay más. El tiempo no se estira, el que das ya no lo tienes. Es precioso dedicar tiempo a los demás, pero no todo ni a todos. Tienes que conseguir un buen balance, y me temo que el balance en el que estás actualmente no te funciona...
- No, para nada, ya te lo aseguro. Pero, ¿cómo puedo decir que no?. Son mis compañeros, o hasta mis amigos los que me piden



las cosas. ¿Cómo te hubiera podido decir que no a ti ahora? Estaba siendo incapaz...

- Pau, decir que no parece que cuesta mucho; pero te aseguro que es muy fácil si lo haces bien. No se trata de cerrar una puerta en las narices del otro, se trata de dar un no razonado, cordial, con sentido. Se trata de explicar porqué no lo puedes hacer ahora, o porqué no eres la persona adecuada para hacerlo. La mayoría de la gente lo entenderá perfectamente, y les ayudarás a regular sus peticiones. Y los que no lo comprendan, bienvenido su enfado; lo mejor que te puede pasar es que los pierdas de vista. Si están a tu lado por pura conveniencia no son tus amigos. Hoy -ya lo has visto- he jugado contigo. Como eres muy rápido con eso de la informática he tenido que pedirte mil cosas hasta asegurarme de que te perdías la puesta de sol. ¿Sabes que hubiera necesitado de ti? Que me dijeras alguna cosa como: “si te parece, me das media hora para ver la puesta y te ayudo luego”. A ti te hubiera parecido una desconsideración. A mi, si la situación hubiera sido real, me hubiera ayudado a entender que estaba abusando de tu tiempo.

No podía estar más de acuerdo. Lo entendía, y al mismo tiempo se me hacía una montaña. ¿sabría hacerlo? El Farero, intuyéndolo me dio una receta.

- Mira Pau, la sugerencia que te voy a hacer es muy sencilla. Cuando te pidan algo pregúntate tres cosas: la primera: ¿sé hacerlo?. La segunda: ¿quiero hacerlo?. Y la tercera y seguramente la más importante: ¿a qué renuncio por hacerlo?. Estas tres preguntas te ayudarán a dar la respuesta adecuada.

Me las apunté en el móvil; no quería olvidarlas. El Farero todavía añadió un último y valioso comentario:

- Hay una gran complicidad entre aquellos que saben decirse que no. Yo personalmente solo pido las cosas a aquellos que sé que si no pueden, o no quieren, me dirán que no...

Había oscurecido. Tenía ganas de volver a mi refugio. De llamar a Laia, que empezaba a añorarla. El Farero me sorprendió con una invitación de última hora:

- Quédate a cenar, no me dejes solo.
- No, lo siento. Me espera una llamada a Laia.
- ¡Menos mal! -me dijo sonriendo- No tengo nada de cena... era solo la última prueba.

Salí volando. Desde el retrovisor de la moto veía los destellos del faro. Me había perdido una puesta de sol, pero había ganado que si quería sería la última que me perdería.





WWW.LAISLADELOS5FAROS.COM

© 2020 TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

DISEÑO GRAFICO JÚLIA RUIZ